

## Don Médico

DAVID VELA MONGE



**H**ubo un tiempo en que solo podían estudiar los que tenían posibles. Cuántos sabios habrán pasado desapercibidos o fueron ninguneados y quedaron atados al campo o al tedioso trabajo en cadena de una fábrica; y cuánto zote incapaz de hacer la “o” con un canuto colgó en el salón de su casa un título, conseguido seguramente a base de jamones; cuántas imposibles carreras habrá aprobado una buena matanza.

Todos aquellos merluzos con diploma y con escasa cabida en la capital terminaban en nuestros pueblos, bien de maestros, que éstos no hacían daño a nadie, lo único que podían hacer era aprender; o de médicos, más matasanos que doctores, ineptos que no sabían distinguir una pulmonía de una borrachera y aquello costaba una vida. Gregorio fue uno de aquellos medicuchos, fuerza viva de un pueblo, un iletrado con despacho, como tantos en una época donde el hambre firmaba ingenierías.

Con los escasos recursos que tenían al alcance, si uno no era un lince en la materia poco se podía hacer más que dejar que la enfermedad siguiera su curso. Algunos mirando directamente a los ojos sabían lo que se padecía sin previa exploración.

Médicos rurales con un “Don” enorme delante del nombre a los que se respetaba y se admiraba. La maltrecha salud del pueblo en los años duros estaba en sus manos.

Don José, medico de Hita y Don Enrique, en Cañizar, al que vagamente recuerdo, yo muy niño y él mayor (pasamos con él las paperas y quizás el sarampión). Un señor serio con una presencia que imponía, muy en su sitio, profesional, pero poco cercano. Médicos de estudios y con experiencia, médicos competentes y con la dedicación que su cargo requería, médicos rurales que no cambiaban el pueblo por un gran hospital. La edad fue jubilando a unos y otros y una nueva generación de jóvenes médicos ocuparon las anticuadas consultas. Hijos de obreros, hijos de ricos y pobres.

Manuel Millán, un chaval del bajo Aragón aterrizaba en Cañizar a principio de los ochenta, con ese ímpetu que solo da la juventud. Manolo, al que no le hizo falta el don delante del nombre para ser enorme, dio la vuelta a lo que conocían como médico rural. Pronto ganó el respeto de los mayores, menos conformes con la edad del doctor. Su voz fuerte y ese acento maño, (parecía regañarte cuando pasaba consulta) le daban carácter.

Manolo pasaba de visita y si le daba el olor de una buena comida en los fogones se apuntaba a comer. Todavía le recuerdo muchos domingos en casa de mis abuelos, guitarra en mano, entonando jotas para el deleite de la Mercedes.

“

**Manuel Millán, un chaval del bajo Aragón aterrizaba en Cañizar a principio de los ochenta, con ese ímpetu que solo da la juventud...**

”

Joven, nervioso, dispuesto las veinticuatro horas del día. Le parabas por la calle, preguntabas por un dolor de estómago y te exploraba en mitad de la plaza. Que estaba tomando un vino en el bar y entraba alguien con un divieso, qué mejor sitio que allí, lleno de alcohol por si había que desinfectar, le echaba uno ojo al furúnculo. Aquella cercanía, el ver al médico como un amigo, como uno más del pueblo, le convirtió al alguien preciado, alguien a quien confiar la salud, la vida.

Manolo dejó Cañizar, pero no se fue, vuelve siempre que quiere, a cazar, a comerse un cordero, a cantarnos unas jotas y si hace falta nos pasa consulta en la barra del bar.

Con los tiempos de apretarnos el cinturón en los que vivimos, se amenaza la atención de nuestros mayores en los pueblos pequeños, donde un médico rural puede marcar la diferencia entre la vida y la muerte.